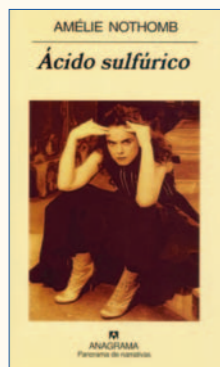


# LIBROS

Por JOAQUÍN BORRELL

## “Ácido sulfúrico” por Amélie Nothomb

Ácido sulfúrico, Anagrama.



cófona. Su última producción, la utopía futurista “Ácido sulfúrico”, le está representando un nuevo éxito de ventas a gran escala.

El argumento de “Ácido sulfúrico” transcurre en el seno de un programa de televisión titulado “Concentración, enmarcado en un futuro que no se pretende demasiado remoto. Transcurre en un campo de trabajos forzados, cuyos reclusos son gente corriente interceptada por los sicarios del programa, e incluye su exterminio según la determinación conjunta de sus directores y de los televidentes. Los *kapos*, por el contrario, resultan seleccionados por los directores de casting. Entre ellos se encuentra la despótica Zdena, en la que la autora concentra casi todos los defectos que pueden estilarse en los concursantes habituales de esta clase de eventos, desde el narcisismo gratuito hasta la apabullante vulgaridad. Su atracción hacia la reclusa CKZ114, que alienta la resistencia de sus compañeros mediante la conservación perseverante de la dignidad, sustenta la mayor parte de la trama.

Sobre este cañamazo se teje una historia en la que, fuera del campo, los espectadores se apasionan mientras la opinión mediática se escandaliza, de modo bastante farisaico; dentro, los

**A**UTORA belga nacida en Oriente, Amélie Nothomb (Kobe, Japón, 1967) viene ejerciendo desde hace tiempo como *enfant terrible* de la literatura franco-

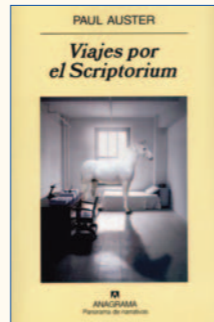
penados van elevando sus miras más allá de la mera supervivencia a toda costa, divididos a su vez por el ejemplo de CKZ114 y las consecuencias de su pugna. Dentro de la exageración argumental el trazo de la autora es fino, al igual que los personajes convencen dentro de su carácter de prototipos. Los diálogos alcanzan un nivel alto y la parodia resulta una profecía más que alarmante sobre la evolución de la humanidad.

Resta indicar dónde están las deficiencias. Fundamentalmente radican en que, pese a su éxito, muchos lectores opinarán que la novela ha quedado por escribir. La edición de Anagrama tiene 168 páginas, de letra amplia; lo que la aproxima más al cuento que a una novela convencional. La adscripción al género del cuento no implica en sí misma ningún desdoro. En las alacenas de la literatura pueden encontrarse cuentos buenísimos, equiparables a la mejor obra de ficción. Lo que ocurre es que en ambos géneros se exige una proporción equivalente entre la extensión y el tema propuesto. Cuando aquélla se desnivela, la historia se convierte en una pompa artificialmente hinchada si falta tema; o produce la sensación de un mero esquema pendiente de desarrollo, si lo truncado es la extensión.

Es el caso de “Ácido sulfúrico”, donde la descripción se reduce a unas cuantas sombras de fondo y la mayor parte de las situaciones parecen abreviarse mediante una abrupta caída de telón. Como ocurre en esas óperas modernas, donde el escenario se reduce a un par de escalones y una puerta, el lector busca instintiva y frustradamente una mínima ambientación.

En esta novela, lo que podía haberse aproximado mucho a “1984”, “Un mundo feliz” y otras utopías más o menos clásicas, se queda en un boceto; como ha quedado dicho, al menos en un boceto de muy buena calidad.

## “Viajes por el Scriptorium” por Paul Auster



Viajes por el Scriptorium, Anagrama.

**E**N algún número anterior —en relación con su admirable “Brooklyn Follies”— ha habido ocasión de decir que Paul Auster (New Jersey, 1947) posee el don de la narrativa, enten-

dido en el segundo sentido que el Diccionario de la Real Academia atribuye al término: “habilidad o destreza en narrar o en contar las cosas”. No guarda relación con el estilo, casi siempre impecable en el caso de Auster y reforzado en el libro que nos ocupa por el ingenio traductor de Benito Gómez Ibáñez. Tampoco con el interés del tema de la narración, cualidad extrínseca al don mencionado. Cuente lo que cuente, Auster consigue que su público pase un buen rato. En “Viajes por el Scriptorium”, a título de ejemplo, el lector recorrerá varias páginas dedicadas a la satisfacción de las necesidades fisiológicas del protagonista, un anciano incapaz de valerse por sí mismo. Al concluir, el menos sugerido por el tema, aceptará que en cada ocasión ha seguido un esquema canónico de planteamiento, nudo y desenlace; y que, sin excesiva merma del buen gusto, el relato le ha complacido.

Subrayado lo cual —dicho de otro modo: recomendar un libro de Auster es apostar sobre seguro—, cabe sombreado su última novela con unos cuantos interrogantes. No es posible mostrarse demasiado explícito sobre algunos de ellos, so pena de reventar la lectura a quien la tenga pendiente. Sin embargo, sí podemos decir que a los sesenta

años el autor ha decidido rendirse un auto-homenaje. Sus motivos tendrá, porque ya ha recibido un buen número de procedencia ajena, entre ellos el Príncipe de Asturias del año pasado.

La trama de “Viajes...” consiste en el seguimiento exhaustivo de las jornadas de un anciano, privado de la memoria y de la orientación, enclaustrado en una habitación misteriosa en la que recibe visitas más misteriosas todavía. Es un buen recurso técnico para que la dosificación de información, esencial en toda intriga, no resulte tramposa; porque el lector va recibiendo aquélla mediante los sensores del propio anciano, al que sigue en su maraña de conjeturas y con el que a menudo se pierde también. Como antídoto, Auster recurre al humor; y en su pluma, por ejemplo, la vieja figura de la personificación puede resultar muy divertida cuando se aplica a determinado órgano con tendencias autonomistas, aunque sea en el triste contexto de la senilidad.

Con este punto de partida, conviene distinguir dos especies de destinatarios: los que se hallen muy familiarizados con la obra anterior de Auster y los que no. Los primeros disfrutarán mucho con el homenaje, que en muchos puntos se aproxima a la autoparodia. Los demás tenemos que conformarnos con apreciar cada fragmento, progresivamente interesados por un enigma cuyo excelente planteamiento ofrece el peligro correlativo de una deficiente resolución. Acercándonos al límite de la indiscreción respecto de los lectores futuros, diremos que la intercomunicación explícita entre el autor y sus personajes, que ya era una idea antigua cuando la “Niebla” de Unamuno la naturalizó en nuestro país, todavía puede recibir variaciones novedosas. A partir de aquí, que cada cual juzgue si el experimento resulta acertado o no.

## “Escucha mi voz” por Susanna Tamaro

**Y**A hace trece años que la italiana Susanna Tamaro (Trieste, 1957) conquistó el mercado de su país y el de unos cuantos vecinos, incluido el

Con “Viajes por el Scriptorium” Paul Auster ha decidido rendirse un auto-homenaje; sus motivos tendrá, porque ya ha recibido un buen número de procedencia ajena, entre ellos el Príncipe de Asturias del año pasado

Los que disfrutaron con “Donde el corazón te lleve” apreciarán sobremanera “Escucha mi voz”, y los que se resistieron a su boom tampoco perderán el tiempo

nuestro, con “Donde el corazón te lleve”. Media docena de novelas después, retoma a su protagonista para instalarla en la casa natal tras la muerte de su abuela detestada y explorar a través de las pocas pistas a su alcance la memoria de los padres a los que apenas llegó a conocer.

En manos de unos cuantos autores bien conocidos en estos pagos el tema habría implicado un centenar de tópicos, intimismos vacuos y frases hechas. Durante dos tercios del libro, Susanna Tamaro roza todas estas tentaciones pero las vence, merced a su talento de escritora. Al contrario, suele abundar en imágenes de impacto —esa niña que llora al acercarle una caracola al oído, porque en lugar de la voz del mar cree escuchar la de los muertos; las peticiones escalofrantes de la nieta al destino, casi nunca favorables para la abuela—, que habrían convertido a la autora en invitada de honor en casa de las Brönte.

Durante ese largo tramo, la novela tiene muy poco desperdicio. Los descubrimientos de la protagonista abren una ventana muy sugestiva sobre una etapa muy influyente de nuestro pasado próximo, en concreto la postura que buena parte de la juventud europea adoptó ante la vida, que solemos asociar con el mayo francés. Por una vez el planteamiento dista de ser maniqueo; y resulta magistral el viraje de la figura del padre recobrado, en sus primeras apariciones profesor tan librepensador y atrayente como requería el tópico; después un egoísta recalcitrante encerrado en su propia vacuidad, conforme al ciclo de buena parte de los contemporáneos de la época.

Lástima que en el último tercio, concretamente desde que Susanna decide novelizar sus experiencias durante un viaje a Israel, dicha vacuidad, como la “Nada” de Michael Ende, se vaya apoderando de buena parte del texto. La autora se enreda en su propia doctrina y deja de practicar la narración para ejercer la docencia, con el agravante de no aportar nada nuevo a la historia del pensamiento en Occidente. A pesar de todo, los que disfrutaron con “Donde el corazón te lleve” apreciarán sobremanera “Escucha mi voz”, y los que se resistieron a su boom tampoco perderán el tiempo.

Escucha mi voz, Seix Barral.



Dentro de la exageración argumental el trazo de Amélie Nothomb es fino, al igual que los personajes convencen dentro de su carácter de prototipos